

# Avellaneda en el paisaje

Pintaba Avellaneda de una forma muy particular; con su caballete y el gran lienzo, al borde del mar o en cualquier zona digna de la atmósfera necesaria. Lo hacía con primor, sin importarle el impacto de la tela totalmente blanca; de arriba abajo; con un orden llamativo y controladísimo en el gesto de la pincelada. Primero, los cielos; después las lejanías de los montes malvas; luego las precisiones lejanas pero descritas ante los ojos; así hasta llegar a las zonas inferiores de la obra con los sabrosos primeros planos de detalle. Espuma si era mar, pitera o flor de almendro, si era secano nuestro. Y vino, con todo ello, a ganar en poesía armonizada en las texturas nuevas de su conciencia de paisajista magnífico y auténtico; lejos quedaba la alquimia para enfrentarse a lo que verdaderamente enmudece: la luz y el color. En una época intermedia, Avellaneda tapaba el blanco irreverente del soporte con color arbitrariamente puesto; lo que él llamaba en aquella técnica, “meterlo en color”.

En el pintor murciano, integrado en la segunda Escuela de Madrid, se dieron las virtudes necesarias para apreciar las lejanías conocidas a veces azoradas de bruma o calor, de flema y flama de la atmósfera blanca. Los sienas y violetas de los montes furtivos, los surcos de los primeros términos, los bancales yermos fueron siempre interpretados por el artista que veía el color donde otros lo negaban; así siempre lo supimos todos.

Paisajes de tierra cálida y seca, punteada de pequeños matojos, que un cielo verde musgo, malva y gris, contemplan en panorámica. Avellaneda nos tenía acostumbrados al diálogo íntimo y sereno que aproxima al ser humano a su raíz profunda. Tierra solitaria y apacible, obediente a la caricia del arado, donde los surcos marcan pequeños caminos y la lomas siguen ondulados relieves escoltados por oliveras de doble tronco para las que el pintor tenía un pincel domesticado como una lengua bífida de serpiente, para pintarlos de un solo y certero trazo. Lo he pensado más de una vez, por las venas de Manolo Avellaneda corría sol líquido en lugar de sangre, agua tibia y luz, color; sobre todo luz a raudales y tierras tostadas.

